

»La ingratitud te persiguió maligna;
Y la envidia cruel, que todo empece,
Lugar de oprobio junto á mí te asigna.

»Mas el divino Juez, justo te ofrece
La corona debida al que constante
Por la verdad, persecución padece.

»Al cielo suba tu ánima triunfante,
Mientras el cuerpo aguarda adormecido
De la resurrección el dulce instante.»—

¡Gracias sin fin, Zumárraga querido!
¿Cómo pagarte las dichosas nuevas
Que tu labio inmortal nos ha traído?—
Feliz quien de su amor osó dar pruebas

A aquellos religiosos zapadores
Que rompieron de Méjico las glebas,
Y, sordo á vituperios y á loores,

Supo guardar incólume la fama
Del primero y mayor de sus Pastores.
Yo la de él guardaré, mientras la llama

Vital me anime, y le daré mi llanto;
Y si algún necio su sepulcro infama,
Lo cubrirá mi prelaticio manto.

1895.



LIBRO TERCERO.

—
FIESCO.



FIESCO.

POEMA HEROICO.

(Año de 1547.)

I.

Cubren el sereno cielo
De Génova la soberbia
Nubarrones que, ocultando
Las relucientes estrellas,
Envuelven sus altos muros
En pavorosas tinieblas.
Sus alcázares de mármol
Trazarse pueden apenas
Por los fatigados ojos
En la obscuridad que reina:
Los dorados campanarios,
Que el aire elevados pueblan,
Se pierden de la honda noche
Entre las sombras espesas.
Tras los cerrados cristales
Ninguna dama se muestra,

Ni se perciben abajo
 De amante joven las huellas.
 El trovador embozado
 Á su morada regresa
 Sin que su mano entumida
 Pulsar la cítara pueda.
 Algún relámpago acaso
 Descubre los centinelas,
 Que, apoyados en su pica
 Y calada la visera,
 La hora del feliz relevo
 Llenos de ansiedad esperan;
 Mientras en torno á la llama
 Los soldados se calientan,
 Y, del deber olvidados,
 A blando sueño se entregan.
 De los cansados marinos
 El ronco gritar ya cesa,
 Y sin sentir el esclavo
 El peso de sus cadenas,
 Duerme también recostado
 Sobre la anclada galera.
 Tan sólo rompe el silencio
 Algún apagado *alerta*
 Que en el palacio de Doria
 De vez en cuando resuena:
 Tan sólo en aquella nave
 Que en sus mástiles despliega
 De los condes de Lavaña
 Las poderosas enseñas,

Quizás algún movimiento
 De gente armada se observa.
 Y con razón: presurosa
 Se hará mañana á la vela
 Fuego asolador llevando
 A la flota sarracena.
 ¡Oh, feliz el soberano
 Que sobre súbditos reina
 Que siempre tan generosos
 Y tan patriotas se muestran!
 ¡Feliz de Lavaña el Conde,
 Que mientras hace la guerra
 Armandó mil galeones
 Y naves, á sus expensas,
 En máscaras y festines
 Pasa las noches enteras,
 Y los cuidados y afanes
 De su morada destierra!
 Sí: mirad iluminadas
 De su alcázar las vidrieras:
 Ved cuán á menudo gira
 Sobre sus goznes la puerta,
 El paso libre dejando
 A mil caballeros, que entran
 Ricamente ataviados
 Para la suntosa fiesta
 Que esta noche les prepara
 Con insólita grandeza.
 Es regia de sus banquetes
 La pompa y magnificencia;

A manos llenas prodiga
 Su inagotable riqueza;
 Es valiente y poderoso,
 Y entre sus abuelos cuenta
 Mil afamados guerreros
 Y mil príncipes y reinas.
 Idolatrado del pueblo,
 Querido de la nobleza,
 Con una alma generosa
 De raras virtudes llena,
 Digno es Ludovico Fiesco
 De ceñir ducal diadema,
 Y de sentarse en el trono
 De la poderosa Génova.
 Mas su corazón festivo
 Tamaña suerte desdeña,
 Y mil dichosos amigos
 Mirar prefiere á su mesa,
 Copas sin fin apurando
 De dulces licores llenas,
 Que contemplar en su torno
 Mil guardias y centinelas
 Y aduladores sin cuento
 Con descubierta cabeza,
 Y que estrechar amistoso
 De Carlos Quinto la diestra.
 Con ser de Doria el amigo
 Su corazón se contenta,
 Y ni en coronas ni cetros
 Ni tronos ducales piensa.

Sí, duermes tranquilo, Doria;
 De Ludovico no temas.
 Duerme; y tu poder presente
 Y glorias pasadas sueña:
 Vuelve á desafiar osado
 Del Gran Capitán la fuerza;
 Arma tus bravos marinos,
 Iza tus rápidas velas,
 Y al musulmán acomete
 Con tus invictas galeras:
 Una vez y otra repasa
 Tus inauditas proezas;
 Vuelva á colocar potente
 Tu nunca vencida diestra
 Las águilas victoriosas
 Sobre los muros de Génova,
 Y tu majestosa planta
 Al trono ducal ascienda,
 Mientras tu mano se apoya
 Sobre la rubia cabeza
 De ese joven que, animoso,
 Presto seguirá tus huellas,
 La corona asegurando
 A tu ilustre descendencia.
 Después de sueño tan grato,
 Con faz risueña despierta
 Y de tus vasallos fieles
 El hondo silencio observa:
 En tu gobierno fiados,
 Al sueño todos se entregan,

Y ni un malhechor se mira
 Dentro tu ciudad siquiera.
 ¡Oh! Duerme otra vez tranquilo,
 Y que ninguna sospecha,
 Ningún afán ni cuidado
 A turbar tu sueño venga.

II.

Del alcázar de Fiesco los salones
 Antorchas á millares iluminan,
 Que con su luz espléndida remedan
 La ardiente claridad del mediodía.

Poco á poco los nobles convidados
 Van entrando á la fiesta prometida:
 De seda y de brocado son sus trajes,
 Y en su rostro se pinta la alegría.

El joven caballero que en el campo
 Ha blandido mil veces la cuchilla,
 Y ha ganado mil palmas y laureles,
 Que á las plantas llevó de su querida,

Viene á mostrar que en la festiva danza
 El primero será cual en la liza,
 Y que si diestro en su corcel batalla,
 Diestro también por los salones gira.

Artificiosos brindis preparados
 Trae para vencer su dama esquivada
 El gallardo poeta, cuyo fuego
 Noble se explaya en amorosa rima.

El magnate que cruces y blasones
 Ostenta en derredor con mano altiva,
 Viene á lucir sus numerosas joyas,
 Su toisón y magníficas sortijas.

Tal vez el padre que en los puros goces
 De su prole feliz su dicha cifra,
 Extraña que el galante Ludovico
 Haya olvidado á sus hermosas hijas.

El nuevo esposo del altar llegado
 Entra tal vez, y á descifrar no atina
 Por qué el amigo de sus tiernos años
 Á su gallarda esposa no convida.

Mas al mirar sin damas los salones
 Queda resuelto el enredado enigma,
 Y que tendrán desordenada cena,
 Y no sarao espléndido, adivinan.

En animados grupos se divide
 Aquí y allí la alegre compañía;
 Y quién á Doria de improperios llena,
 Quién sus acciones sin piedad critica.

Del Caballero-Rey encomia alguno
 El sin igual denuedo y bizarría;
 Otro declara que veloz la estrella
 De Carlos á su ocaso se aproxima:

Quién la inacción del genovés cobarde
 Con mil colores ardoroso pinta;
 Quién en voz baja á su inmediato amigo
 De Doria el yugo á sacudir excita.

Pasan las horas, y la noche avanza;
 Y atónita la alegre comitiva,

Observa que ni danza se prepara,
 Ni que haya aprestos de banquete mira,
 Y que en lugar de numerosos pajes
 Que dulces vinos y manjares sirvan,
 Se oye el crujir de pavoroso acero,
 Y armada gente en el palacio gira.
 Ya la puerta no se abre del alcázar,
 Ni el silencio de Génova adormida
 Interrumpe tardío convidado
 Que la calle atraviase á toda prisa:
 La media noche rápida se acerca,
 Y todos más y más se maravillan
 Al esperar en vano al de Lavaña,
 Cuya ausencia sus dudas eterniza.
 Los unos á los otros se interrogan;
 Unos á otros atónitos se miran;
 Y temen, y vacilan, y ninguno
 La causa del fenómeno se explica.
 Súbitas se abren las cerradas puertas
 Que á las alcobas del palacio guían,
 Y se presenta Ludovico armado,
 Radiante con insólita alegría.
 Fúlgido almete de variadas plumas
 En su cabeza majestosa brilla;
 Limpia coraza de bruñido acero
 Sobre su pecho espléndida se mira.
 Tajante espada, que fraguó Toledo,
 Vistosa cuelga de dorada cinta,
 Y sobre el puño apóyase la mano
 De guantelete rico guarnecida.

Grave su andar, esbelto su talante:
 Todos su talla gigantesca admiran,
 Su noble frente, su poblada barba,
 Sus negros ojos y mirada altiva.
 Viene á su diestra su valiente hermano;
 Á su siniestra trae al fiel Verrina;
 Detiéndose al entrar en los umbrales,
 Y exclama así con plácida sonrisa:
 «¿Qué significa, amigos, la extrañeza
 Que en vuestros rostros vívida se pinta?
 Ese vano temor, esas sospechas,
 Mis amigos, decid, ¿qué significan?
 »¿Pasar la noche en voluptosas danzas
 Y entre festines báquicos creáis,
 Mientras oprime á nuestra patria hermosa
 El yugo de insufrible tiranía?
 »¡Os gloriáis, valientes genoveses,
 De nuestro nombre y fama primitiva,
 Y tal yugo sufrís! ¡Dobláis sumisos
 Á un decrepito anciano la rodilla!
 »¿No detestáis su orgullo y su arrogancia,
 Su sin igual doblez y su falsía,
 Y bajo su fingido patriotismo
 No veis ocultas alevosas miras?
 »Notad cuál cada día desaparecen
 Los privilegios nuestros y franquicias:
 Marcad las proscripciones numerosas;
 De nobles ved las cárceles henchidas.
 »Leyes son los caprichos del anciano
 Á quien escucha Génova sumisa;

Y si la voz alzamos suplicantes,
Es nuestra voz humilde escarnecida.

»Una esperanza de remedio pronto
Su senectud en vano nos inspira;
Que del sobrino pérfido, á su muerte
Nos regirá la diestra aborrecida.

»En vano Doria tremoló arrogante
De Libertad la enseña purpurina:
Presto trocó las águilas hermosas
Del verdugo feroz por la cuchilla.

»Extrañas armas deseables fueran
Más que sus hachas y tiranas picas;
Mejor sufrir la esclavitud del turco
Que el yugo atroz del Austria vengativa.

»Pero vosotros ¡oh! que á mil tiranos
Habéis vencido ya en sangrienta liza
(Lo digo con rubor), sufrís ahora
Tamaño deshonor con faz tranquila.

»En la ciudad un viejo delirante
Y un imberbe garzón nos tiranizan:
Sin siquiera saberlo, desde lejos
El ambicioso César nos domina.

»Pronto también en Génova la bella,
De Carlos al imperio sometida,
Infames españoles y tudescos
Nos burlarán con orgullosa risa.

»¿Y sufriréis, oh amigos, impasibles
Tamaño deshonor, tanta mancilla?
¡Imposible! ¡Jamás! ¡Sobre el malvado
De Dios la mano ya su rayo vibra!

»Esta noche, de eterna remembranza,
Ese Dios que los crímenes castiga
Hórrida muerte le dará al tirano,
Y á nosotros poder y nombradía.

»Hoy con riquezas y durable fama
La suerte á todos obsequiosa brinda:
Quien no desprecie tan soberbios dones,
Ármese bravo y mis pendones siga.

»El palacio ducal está cercado;
Guardadas están ya las avenidas;
Mis marinos armados en el puerto,
Por la ciudad mi gente repartida.

»Mis numerosos guardias y vasallos
Unidos marcharán á la voz mía,
Y bien presto veréis inanimada
De entrambos Dorias la cabeza altiva.

»Mas no creáis que un éxito tan bello
Fruto será de horrible alevosía.
¡Lejos de mí! Tan atrevidos planes
Estratagema son de Fiesco digna.

»Cuando despierte la azorada guardia
Que hora sin recelar duerme tranquila,
Mis valientes soldados á millares
Ya de ella fuertes estarán encima.

»Y sorprendido mirará el tirano
Enrojecerse su infeliz guarida,
Y, cual del seno de la obscura tierra,
Brotar en derredor la gente mía.

»Del opresor la aborrecida sangre
Ofreceréos grata en copa rica;

Con ella más contentos libaremos
Que con licor de España ó de Sicilia.

»Mañana, amigos, la ciudad soberbia
Nos doblará obediente la rodilla:

Riquezas y honra alcanzaréis entonces

Que de esta noche premien la fatiga.

»Tal es la fiesta y el banquete regio

A que mi labio férvido os invita:

El que poder y glorias ambicione

Armese bravo y mis pendones siga.»

Calla; y el auditorio conmovido,

Sin replicar, con estupor lo mira:

Él, entretanto, los callados rostros

Recorre majestoso con la vista.

Y cual hoy día en la opulenta Londres,

Con arte al hombre aun desconocida,

Raro varón á quien Europa toda

Sin comprender estupefacta admira;

Cuando corcel salvaje se presenta

Que nunca freno soportó ni silla,

Y burló de los fuertes domadores

La sin igual destreza no vencida;

Él, sin usar del mejicano lazo

Ni montar de los árabes á guisa,

Mientras el bruto por el ancho circo

Corre feroz é indómito relincha,

En medio de la arena se detiene,

Torva en la bestia su mirada fija,

Y con el brillo de sus claros ojos

Fascinador al animal domina:

Así á los vacilantes de Fiesco
Vence también la fúlgida pupila,
Y de valor sus pechos rebosando,
Suena por fin estrepitoso *viva*.

Del rico ferreruelo se despojan,
Y el dorado espadín á toda prisa
Cambian ansiosos por tajantes sables,
Y por adargas, yelmos y lorigas.

Al puesto se encaminan ardorosos
Que la mano de Fiesco les asigna;
Y todos sin escándalo ni ruido
Por la callada Génova desfilan.

III.

¡Corazón, corazón! ¿por qué del hombre
En el camino infausto te atraviesas,
Y le haces olvidar de sus deberes
La que pisara gloriosa senda?

De la adusta razón á los dictados
¿Por qué tan ardoroso te rebelas,
Y el amor ó la cólera encendiendo,
En amargura los placeres truecas?

Al joven lidiador la desolada
Imagen de su dama le presentas,
Y con tus amorosas pulsaciones
Del rojo campo del honor lo alejas.

Horribles celos fermentado excitas
 En el amante que al altar se acerca,
 Y haces que, innoble, vengativa daga
 Clave en el pecho de su esposa tierna.

Hora á la estancia de su fiel consorte
 Inoportuno á Ludovico llevas,
 Sin que vencer tus férvidos impulsos
 Pueda de su alma la inaudita fuerza.

Corre la joven con abiertos brazos
 No bien rechina la cerrada puerta,
 Y al estrecharse entrambos cariñosos,
 Sólo se escucha «¡Ludovico!» «¡Clelia!»

Quisiera hablar la dolorida esposa;
 Mas á las fauces pégase su lengua,
 Y sólo con sus lágrimas empañá
 Del acerado peto la limpieza.

«Esposo, Ludovico, al fin exclama
 De majestad y de nobleza llena,
 ¿Qué significan, dime, esa armadura
 Y esos aprestos de cercana guerra?

»¡Ay! En vano me ocultas, desdichado,
 La que innoble meditas trama negra:
 Tu demudado rostro me descubre
 Tu alevosía, oh conde, y tu bajeza.

»Yo te he visto mil veces denodado
 Verter tu sangre en hórrida pelea,
 Y ni ligera sombra de congoja
 Mi valerosa faz cubrió siquiera.

»Mil y mil veces con pupila enjuta
 Entre mis brazos te estreché contenta,

Cuando marchabas de entusiasmo lleno
 A perecer quizás en cruda guerra.

»Mas hora que alevoso te preparas
 A acometer aborrecida empresa,
 Yo no sé, Conde, lo que en mi alma pasa;
 No sé por qué la sangre se me hiela.

»Siento que á aborrecer al asesino
 Me impele sin cesar secreta fuerza;
 Y no puedo, mi amor, no puedo odiarte;
 La fe jurada, el corazón lo vedan.

»¿Pero es verdad, oh Fiesco, que olvidado
 De tus virtudes y tu stirpe regia,
 Vas á teñir tu immaculado acero
 En la sangre mejor de la alma Génova?

»Respóndeme que no: dime que marchas
 A domeñar las huestes agarenas:
 Dime que vas á perecer con gloria,
 Que por tu patria á pelear te aprestas.

»Entonces ¡oh! con palpitante pecho
 Mi último abrazo te daré contenta;
 Y adornaré tu gloriosa tumba
 Con deshojadas flores, la primera.

»Pero si armado de alevosa daga,
 De un puñado de gente á la cabeza,
 Oculto entre las sombras de la noche
 Vas á cebarte en inocente presa;

»Antes que Doria inanimado caiga,
 Conmigo aquí tus crímenes empieza;
 Y antes que ver tu infamia y tu deshonra,
 Muerta á tus plantas tu puñal me tienda.

»¡Oh, por piedad, no partas! prosternada
 Tu dolorida esposa te lo ruega:
 Que vas á hallar, mi corazón me dice,
 No gloria, sino muerte en las tinieblas.

»Ya me parece verte mutilado,
 Con secos labios y la faz sangrienta,
 Hecho en la playa de voraces perros
 Y de buitres carnívoros la presa.

»Ya me parece que entre fieras burlas
 Por la ciudad atado te pasean:
 Tu cabeza del tronco separada
 En palo infamador se me presenta.

»Olvida, olvida tan atroces planes;
 Vuelve á pisar de la virtud la senda;
 Que de tu vida, de tu honor al precio
 Yo no ambiciono cetros ni diademas.

»¡No me dejes, por Dios! ¿De nuestras bodas
 El venturoso día no recuerdas,
 Cuando, extasiado en amorosos raptos,
 Mil promesas me hicistes halagüeñas?

»¿Cuando dijiste: El universo entero
 No trocara por ti, mi dulce prenda;
 Por vivir, Clelia, á tu envidable lado
 Una cabaña á un trono prefiriera?

»¡Ay, cuánto amor entonces! Mas ahora
 De mi dicha pasó la feliz época,
 Y más que duro mármol, insensible
 Te muestras á mi llanto y mi ternera.

»Sí, vete, deja á tu infeliz esposa;
 Corre á la lid, á la matanza vuela:

Olvida al hijo que en mi seno abrigo;
 Troncha de un golpe la esperanza nuestra.

»Vé, hiere, mata, sin temor destroza;
 Tus blasones empaña y tu nobleza;
 Mas recuerda que amar á un asesino
 Nunca podrá de Cibo la Condesa.»

Calla por fin; y en doble sentimiento
 De ira y amor sus ojos centellean,
 Y lágrimas arranca afectuosas
 Del que jamás el llanto conociera.

El Conde de Lavaña conmovido
 Va ya á ceder incauto á su belleza,
 Cuando la voz funesta de Verrina
 Por el palacio atronadora suena.

Despierta su ambición al escucharla,
 De su imprudente lloro se avergüenza,
 Y enjugando sus lágrimas ansioso,
 Exclama así con su habitual firmeza:

«Condesa de Lavaña, noble esposa,
 Cese, por Dios, tu férvida querella;
 Nunca temas que manche mis blasones
 Acción indigna de mi estirpe regia.

»Tu amor, el de mi patria esclavizada
 Hoy vehementes á lidiar me llevan:
 El oprimido pueblo clama á gritos
 Del tirano pidiendo la cabeza.

»¡Adiós! Ó nunca de tu amante esposo
 Podrás ya contemplar la faz risueña,
 Ó pronto, sí, mañana, á nuestras plantas
 Verás postrada la Ciudad Soberbia.»

Dice; y se aleja con violento paso,
 Tras sí cerrando la pesada puerta,
 Y despiadado, á su infeliz esposa
 Sobre la tierra desmayada deja.

IV.

¡Noche, lóbrega noche que testigo
 Fuiste de tanto horror y escena tanta!
 ¿Quién describir pudiera tus terrores,
 Los crímenes que viste y la matanza?
 ¿Quién el pavor de la asombrada gente
 Con sus colores tétricos pintara,
 Cuando del lecho en que dormía muelle
 Con estrépito horrible fué llamada?
 ¿Quién la fatal sorpresa del marino
 Y el estupor de la dormida guardia,
 Cuando sin armas vióse de improviso
 Y de ejército intrépido cercada?
 Que era llegada á su mitad la noche
 Anunciaba la lúgubre campana,
 Cuando cundió por la Ciudad Soberbia
 En un momento inesperada alarma.
 La galera que armara contra el turco
 El generoso Conde de Lavaña,
 A un caballero que veloz se acerca
 Deja caer sin dilación la escala.
 Empuña el remo el vigoroso esclavo;
 Fuerte levanta el marinero el ancla,

Y entre las negras sombras avanzando
 Bloquean de la Dársena la entrada.
 De Doria los bajeles numerosos,
 Que allí encerrados sin temor descansan,
 Por doquiera asaltados de improviso
 Todos se ven de innumerables lanchas.
 En vano los forzados se despiertan
 Y los marinos bravos se levantan:
 Prisioneros se encuentran y vencidos
 Antes que puedan empuñar las armas.
 Si algún valiente en resistir se obstina,
 Lo pasa el filo de enemiga espada;
 Y si escaparse algún bajel pretende,
 La galera sobre él su fuego lanza.
 Vano es luchar: en vano por auxilio
 El compañero al compañero clama;
 El acero fatal del asaltante
 Su dolorosa voz crüel apaga.
 Noble descuella en la invasora hueste
 Forma sublime de elevada talla,
 De largo sable, de brillante peto,
 Ancho el broquel y la cimera blanca.
 El peso sin sentir de la armadura
 Cual pajarillo por las aguas salta;
 Y con ligero pie corre veloce
 De bajel á bajel, de barca á barca.
 No es el estrago del funesto rayo
 Terrible más que el de su diestra infanda:
 Rastros sangrientos por doquiera deja.....
 Él es, él es: el Conde de Lavaña.